MI MISMO NOMBRE

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ENRIQUE G. BEDMAR

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 20 de Enero de 1892.

Al distinguido 1er actor
D. Wenceslao Bueno

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
DON ROSENDO.................	Sr.	Vallarino.
DOÑA GRACIA.................	Sra.	Casas.
PETRA........................	Srta.	Alisedo.
PEDRO JIMÉNEZ..............	Sr.	Díaz.

La acción en Madrid; época actual.—Derecha é izquierda, las del actor.

ACTO ÚNICO

El teatro representa un comedor bien amueblado. Puerta de entrada al frente del espectador. A la derecha del actor, y en el lienzo de pared correspondiente al foro, una puerta pequeña con la llave puesta, cuya puerta corresponde á la despensa. A la izquierda del actor un aparador, y en él los utensilios propios de un comedor. En el centro de la habitación la mesa puesta, pero con el desarreglo consiguiente al acto de haber acabado de comer. Dos puertas laterales á la derecha y otras dos á la izquierda. Al levantarse el telón empieza Petra á ir quitando la mesa. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

PETRA

Es extraño que no acuda
para ayudarme al servicio
de quitar la mesa; ¡Pedro!... (Llamándole.)
¿En dónde estará?... ¡Perico!...
¡Pedro!... ¡Don Pedro!... Un sirviente
como él en mi vida he visto.
Vaya un andalúz cerrado;
pero no es mal parecido;
¡y qué cosas dice y hace!

Es lo más ponderativo,
y lo más dicharachero
y lo más entrometido...
¿Y enamorado?... Eche usted.
¿Pues y goloso?... El indino
se deja atrás á las moscas;
viendo un dulce pierde el juicio...
¡Aleluya!... ¡Ya está aquí!
(Viéndole aparecer por el fondo.)

ESCENA II

PETRA y PEDRO, por el fondo.

PEDRO. ¡Qué aleluya, ni qué Cristo!
A mí no me pone motes
náide en mis mesmos hocicos.
PETRA. Si no es mote; celebraba
el que hubiese usted venido
para ayudarme á quitar
la mesa. Lo tiene dicho
la señorita, y... vuecencia
no se ha dignado cumplirlo.
PEDRO. ¡Olé ya!... Viva la gracia,
y el requeté, y ese pico...
de oro... ¡Vale usted más!...
PETRA. Acabe usted.
PEDRO. Que... er cabildo
esclesiástico... Y ahora,
que somos ya casi íntimos
amigos...
PETRA. Si no hace más
que seis días que aquí vino.
PEDRO. Y qué, ¿son seis días poco
pa haberle tomao cariño
y apego?... La quereación
der mundo en seis días se hizo,
y era cosa más difícir;
pues como decía, digo,
que ya que vamos teniendo
confianza, necesito

que me informes, qué tal es
esta casa en que servimos...
Y empiezo á hablarte de tú;
conque, chica, haz tú lo mismo,
pues lo que ha de ser... ¿estamos?...
Yo encuentro en el señorito
cierto no sé qué... Unas veces
creo que me simpatizo
con él, y otras al contrario.
Cuando manda mucho, digo:
llévete er mengue; y si es poco,
entonces que es un bendito.

PETRA. ¡Ay, qué gracia!

PEDRO. La señora,
aparte der buen trapío
que tiene, es corniveleta...

PETRA. ¡Hombre!...

PEDRO. Es decir, que es un bicho
de mucho cuidao, y de sangre
y de genio antojadizo.

PETRA. Eso sí, es muy caprichosa,
y ahora con doble motivo.

PEDRO. ¿Doble? ¿y por qué?

PETRA. Pues, por algo
que á tí no te importa un pito.
Como esta casa hay muy pocas:
buena mesa, pago fijo,
buenos modos y propinas,
poco trabajo...

PEDRO. ¡Manífico!
Esta casa, en vez de casa,
va á paecerme un paraíso...
¿Quieres tú que á Adan y á Eva
representemos ar vivo?...
No en los trajes... eso no,
ni lo del fruto prohibío.

PETRA. ¡Bah! No seas tonto; los amos,
como ya habrás comprendido,
recién casados están.

PEDRO. Hazte cuenta que ahora mismo
nos han desposao á nosotros,
y que estamos igualitos...

PETRA. Pero como no es verdad...
PEDRO. Pero como lo fingimos...
pa que sarga la comedia
bien hecha...
PETRA. Mi informe sigo.
Nuestro señorito tiene
gran poder con los ministros,
y como que es diputado
y además bastante rico,
y es gran hablador, y escribe
con mucha frecuencia escritos
contra el gobierno, y lo pone
de vuelta y media... preciso,
hay que tenerlo contento;
y todo lo que ha pedido
se lo ha dado, y más que hubiera.
Ya colocó á cuatro primos
suyos, y á cuatro cuñados,
también á cuatro sobrinos.
PEDRO. Totar: doce... y llevo una...
PETRA. Y hasta al peluquero mismo
de la señorita: un ente
que su nombre y apellido
apenas sabe escribir,
de gobernador ha ido
á Chicago...
PEDRO. ¡Madre mia!
¿Pero en dónde está ese sitio?
PETRA. Allá por las Felipinas
creo que es.
PEDRO. Pues yo que escribo,
aunque con falsilla, puedo
alcanzar mejor destino.
PETRA. Antojos de la señora;
está con tantos caprichos,
que ni que estuviera... ¿estamos?
PEDRO. Tú estarás... yo no adivino.

ESCENA III

DICHOS y DOÑA GRACIA, per la derecha.

GRACIA. ¿Qué hacíais aquí?...

PETRA. Pues... nada.
PEDRO. Ahora ar punto concluímos
de quitar la mesa, y luégo
cada cual iba á su oficio,
y yo la dije: «oye, Petra;»
y ella: «escucha tú, Perico,»
y na más, cuatro palabras
endiferentes... sin líquido
valor alguno: vacidas,
como quien dice, y... nos fuímos.
GRACIA. ¿Cómo que os fuísteis?
PEDRO. Pa er caso
es igual, á dirnos ibamos.
GRACIA. Pues vete al recibimiento,
y si alguien viene, mi aviso
ten presente; para nadie
visible estoy: no recibo.
PEDRO. Está muy bien... (Va á marcharse.)
GRACIA. Pero no:
de resolución varío.
Si alguien viene, dí que pase.
PEDRO. Está muy bien. Con permiso...
(Saludando y marchándose por el fondo.)
(Me paece que en la cabeza
tiene flojo algún tornillo.)

ESCENA IV

PETRA y DOÑA GRACIA

GRACIA. Hablar puedo sin reparo:
ya el señorito se fué.
PETRA. ¿Ha vuelto á tener usté
otro antojo?
GRACIA. Sí, y muy raro.
PETRA. ¿Más que el de ayer?
GRACIA. Casí igual.
PETRA. Ayer, cual si fuese azúcar,
á una copa de Sanlúcar
quiso usted ponerle sal.
Y hubo que decir amén

y salir así del paso.

GRACIA. Pues me la tomé, y el caso
fué que me sentó muy bien.

PETRA. Nunca vi mayor rareza;
contada parece bola.

GRACIA. Pues mira, al volver hoy sola
por la calle de Hortaleza,
ví en un almacén de vinos
una que tiene gran fama:
Pedro Jiménez se llama.
¡Qué reflejos tan divinos
despedía la botella
en que estaba encarcelado!...
Deseo tan extremado
sentí, que allí entré por ella.
Llego, pago su valor,
de mi ansia en el paroxismo,
no me la bebí allí mismo
por un resto de pudor.
Corro, y aquí sin resuello
y sudando á todo trapo,
llego, mas no la destapo,
sino que la corto el cuello,
y allí sola... clo, clo, clo,
siempre empinando la diestra,
ni una gota para muestra
en la botella quedó.
Y el caso es que nunca á mí
me había gustado tal vino,
ni otro ninguno; imagino
que no estoy muy bien de aquí.
(De la cabeza.)

PETRA. Es claro, estará usted curda.

GRACIA. No, hija, no; y me disgustara
que mi marido notara
en mí una afición tan burda,
tan ordinaria...

PETRA. No tal;
estando usté en el estado
que está, todo está explicado:
todo en él es natural.

GRACIA. Pues no es natural, estulta;

y de mi raro capricho
ni una palabra le he dicho.

PETRA. Corriente, pues se le oculta.

GRACIA. Y no es que tema un reproche:
él nunca tiene otro gusto
más que el mío... ¿estás?

PETRA. Es justo.

GRACIA. ¡Ay!... pero para esta noche
necesito unas botellas;
si no, no voy á dormir.

PETRA. Pues yo misma puedo ir.

GRACIA. No; no vayas tú por ellas.
Oigo al señorito... Ha vuelto...
¡Qué inoportuno que es!...
Vete ahora, que después
te diré lo que he resuelto.
(Sale Petra por la segunda puerta lateral de la derecha y entra don Rosendo por el foro.)

ESCENA V

DOÑA GRACIA y DON ROSENDO

ROS. ¡Hola, mi querida Gracia!

GRACIA. ¡Hola, Rosendo! ¿Por qué
vuelves tan pronto?

ROS. Pensé,
pues sabes ya mi eficacia
en servirte y en cuidarte,
que sola estarías triste.

GRACIA. ¿Y por eso te volviste?

ROS. No estaba en ninguna parte
bien, ni tranquilo. A tu lado
es como estoy en mi centro.

GRACIA. Yo lo mismo, mas encuentro
ya tu celo exagerado.
Dijiste. ¿A qué repetirlo?

ROS. «Vendré tarde,» me parece.

GRACIA. Pues hijo, lo que se ofrece
es deuda, y hay que cumplirlo.

ROS. ¿Es que mi venida acaso

te es molesta?...

GRACIA. No; no es eso.
Pero...

ROS. ¿A qué mentir?... Confieso
que á no haber visto este caso,
tratado por los autores
más eminentes, pudiera
incurrir como un cualquiera
en recelos y en temores.

GRACIA. ¿Recelos, con qué motivo?

ROS. No, no; si el mal que padeces
lleva consigo el que á veces
te parezca repulsivo.
Si del cuadro sintomático
de tu estado es complemento
ese rasgo...

GRACIA. Pues lo siento;
mas me estás siendo antipático.

ROS. Bueno; vete, y que te cuides;
y para cumplir sin daños
tus gustos los más extraños,
que soy muy rico no olvides.
Sea en todo cuanto apetezcas
tu voluntad respetada:
que no te prives de nada,
y que de nada carezcas.
(Sale doña Gracia por la segunda puerta lateral de la derecha.)

ESCENA VI

DON ROSENDO, solo.

Nuevo amor viene á infundirme
su resignación de arcángel...
y cuando pienso en el ángel
que al fin vendrá á sonreirme...
De mi dicha en el exceso
y en un deliquio profundo,
á él y á ella los confundo
en plácido amante beso.

Un presente ha de otorgar
Dios á mi dicha naciente...

ESCENA VII

DICHO y PEDRO, entrando por la puerta del foro. Trae una bandeja de dulces en una mano y en la otra un papel grande.

PEDRO. Aquí tiene usté el presente
que ahora acaba de llegar.
Como es día de su santo...
ROS. ¡Ah, sí!... ¡Es verdad!
PEDRO. Pues por eso...
que los tenga muy felices...
en compañía de...
ROS. Bueno;
gracias.
PEDRO. (Mas si no hay propina,
entonces atrás me vuelvo.)
ROS. ¿Y quién me manda el presente?...
PEDRO. Miste... pues me lo dijeron
y se me ha olvidao... mas viene
en letras de morde puesto
en ese peazo é cartón...
ROS. ¡Ah, sí!... Claro está... Moreno.
(Tomando de la bandeja la tarjeta.)
PEDRO. ¿Cómo moreno? si es blanco.
ROS. Cállate y no seas zopenco.
Pon en el aparador
(Pone Pedro la bandeja en el aparador.)
esos dulces... Pues no es lerdo;
(Hablando para sí.)
quiere usar de mi influencia
para obtener un empleo
en Ultramar, y me endulza
antes la boca; bien hecho:
á nadie le amarga un dulce.
(Toma rápidamente un dulce de la bandeja y se lo come de un bocado.)
PEDRO. (Justo; á náide, y á mí, menos.)

Ros. ¿Y ese papel que en la mano
tienes?...

Pedro. ¡Ah, sí! lo trajeron
esta tarde; es el padrón.

Ros. Pues venga y lo llenaremos.
Ahí, encima de ese mueble,
(Señalando el aparador.)
debe de haber un tintero;
tráemelo....
(Don Rosendo se pone á leer el padrón desplegándolo sobre la mesa y sentándose; y Pedro, llegándose al aparador, se queda como extasiado contemplando los dulces hasta que, pasados doce ó quince segundos, dice don Rosendo.)
¿Pero lo buscas
entre los dulces, jumento?...
Si es arriba... ¿No lo ves?

Pedro. ¡Por vía er chápiro negro!
No lo habia diquelao.
(Toma el tintero con pluma y se lo da.)

Ros. Cuántas preguntas en necio
para que cada uno diga
lo que le ocurra primero.
Las cabezas de familia
deben ir delante; cierto.
Yo y Gracia... (Escribe.)

Pedro. (Mientras escribe
no me ve... pues otro tiento
doy á la bandeja.)
(Toma otro dulce y se lo come.)

Ros. (¡Cáscaras!
¡Pues éste sí que es aprieto!
¿Qué edad pongo á mi mujer?. .
Ella cumple por Febrero
veintiséis años... Mas ¿cómo
en el padrón pongo eso?
¡Si lo viera! ¡Cielo santo!
ya me había caído el premio
mayor de la lotería.
Nada, nada, rebajemos
cuatro; pongo veintidós.
A los criados pasemos.

De todos, las circunstancias
me sé de memoria, menos
de éste, que recién entrado
está... Las escribiremos.
(Se pone á escribir un rato, y entre tanto, y valiéndose de precauciones, sigue Pedro escamoteando dulces de la bandeja y comiéndoselos.)
Ahora le toca á éste el turno.
¿Cómo te llamas tú, Pedro?...
(Esta vez le coge la llamada á Pedro con la boca llena, y queda paralizado y en el mayor embarazo. Por último, tose, saca el pañuelo, se cubre casi toda la cara y sale por el fondo respondiendo.)

PEDRO. ¡Voy!... ¡voy!. .

ROS. ¿Pero dónde vas?...
Si soy yo quien llama...

PEDRO. Vuelvo...
(Sale por el foro.)

ROS. ¿Qué habrá entendido este bárbaro?...
Si te se llama aquí dentro,
no allá fuera...

PEDRO. Que llamaban
entendí... y salí corriendo.

ROS. Te pregunto que cuál es
tu nombre.

PEDRO. ¿Pues ahora mesmo,
no lo acaba de decir?...
Pedro ó Perico... yo atiendo
por los dos...

ROS. ¡Ay, qué gaznápiro!
lo que en limpio poner quiero
no es sólo el nombre, que ese
ya me consta: también debo
saber tus dos apellidos,
el paterno y el materno.

PEDRO. Si es que yo no tengo madre
ni la tuve en ningún tiempo.

ROS. ¡Hombre, qué caso más raro!...

PEDRO. Como lo está usted oyendo.

ROS. ¿Pues cómo naciste entonces?

PEDRO. De eso sí que no me acuerdo.
Sé que mi padre era viudo

cuando me tuvo, y por esto
soy su hijo natural;
y naturalmente, tengo
un apellido tan solo;
otros quizás tengan menos:
Pedro Jiménez á secas
es como me llamo.

Ros. Bueno:
Pues pondré Pedro, el Jiménez
como apellido primero
y Asecas será el segundo.
Así se llena el precepto
de la ley... y no se cumple.
¡Qué estadísticas hacemos!
¿Cuál es tu naturaleza?

Pedro. ¡Ah... señor! De eso no entiendo;
pero creo que es sanguinaria
y rebusta...

Ros. ¡Otra te pego!
¡Que dónde naciste!

Pedro. ¡Ah!... Vamos,
pues miste, nací en un pueblo
al que nombrar no se puede
sin pedir perdón primero:
en Porcuna... Ya usted ve...
Esto es casi hablar de puercos,
como usted habrá observado.

Ros. Como tú, notar me has hecho.
¿Qué edad tienes?

Pedro. ¡Ay, qué gracia!
¿También se va poner esto?
Pues ponga usté veintiocho,
sobre dos más ó dos menos.

Ros. Hombre, no; los que tuvieres.

Pedro. Pero si yo me convengo
con los años que me ponga,
¡quién se va á oponer á ello!

Ros. ¿Qué estado tienes?

Pedro. Ninguno.

Ros. Pregunto, ¡si eres soltero,
viudo ú casado!

Pedro. Mocico.

Ros. Hombre, así no acabaremos.
Mocico, ¿qué significa?

Pedro. ¡Eso mesmamente, eso!
Que uno es libre y que en su vida
se casó, y que tiene er cuerpo
para unas primeras nuncias
medianamente dispuesto.

Ros. ¿Sabes leer y escribir?

Pedro. Pues si he sido fiel de fechos
honorífico en mi tierra,
y me dió el Ayuntamiento
una real orden nombrándome. .

Ros. ¿Mastodonte?

Pedro. No era eso
precisamente...

Ros. Pues basta:
el padrón está ya hecho.
Toma, y si vienen por él
lo entregas, ¿estás?

Pedro. Comprendo

(Desde el verso «¡Qué estadísticas hacemos!» en adelante, don Rosendo irá escribiendo en el padrón brevemente, y según vayan indicando las exigencias del diálogo)

ESCENA VIII

DICHOS y PETRA, por el fondo.

Ros. Oye tú, Petra... esos dulces
los guardarás al momento
en la despensa; evitar
procuro por ese medio
que al venir la señorita
los vea y le de el deseo...
y ya ves, á tales horas
el dulce es muy indigesto.

Petra Es verdad; pues ahora mismo.
(Coge la bandeja, la entra en la despensa, sale y cierra la puerta, pero sin echar la llave.)

Ros. Y si con cualquier objeto

por mí te pregunta, díle
que en mi despacho escribiendo
estoy cosas muy urgentes.

PETRA. Está bien; en eso quedo.

(Sale Petra por la segunda puerta lateral de la derecha, y don Rosendo por la primera del mismo lado.)

ESCENA IX

PEDRO, solo.

La ocasión hace al ladrón,
y á mí y ar durce er demonio
solos nos deja; ¡ah, bribón!
¡esta sí que es tentación,
y no las de San Antonio!
Nada, yo no lo resisto;
si farto en ello, que farte,
yo no cejo ni por Cristo;
ahora á los dulces envisto
y... nada, hasta que me jarte.

(Entra con gran decisión en la despensa y cierra tras sí la puerta.)

ESCENA X

GRACIA y PETRA, entrando por la segunda puerta lateral de la derecha y situándose junto á la despensa.

PETRA. El señorito, al despacho
se fué con bastante urgencia

GRACIA. Libres ya de su presencia
voy á hablarte sin empacho.
Mi deseo es tan violento,
que imposible es que lo exprese,
y tal capricho por ese
Pedro Jiménez, yo siento,
que dueña de mí no soy
y mis nervios se contraen...
en fin, si no me lo traen,

yo misma á buscarlo voy.

PETRA. ¡Pues no le faltaba más!...
¡Ir usted! ¿una señora
de su clase?...

GRACIA. ¡Calla!... ahora
me ocurre un plan, que pondrás
al punto en ejecución.

PETRA. Diga, pues; lista me hallo.

GRACIA. Confíale tú al lacayo
que ahora siento esta pasión;
porque es natural que así
me suceda... y por supuesto,
que le dices todo esto
como que sale de tí.

PETRA. No está eso mal...

GRACIA. ¡Ya lo creo!
Conque... manos á la obra,
y podré ver sin zozobra
satisfecho mi deseo.
Dale para unas botellas
este billete... es de cien
pesetas...

PETRA. Está muy bien;
¿y cuántas toma de ellas?

GRACIA. Las que él quiera...

PETRA. Creo que habrá
bastante tal vez con una...

GRACIA. Mujer, una... no es ninguna.
Tres ó cuatro.

PETRA. Así se hará.

GRACIA. Que aquí á las once en rigor
esté mi cargo.

PETRA. Corriente.

GRACIA. Y lo ocultas diestramente
en mi cuarto tocador,
que yo, cuando el señorito
se duerma, que es desde luégo,
iré allí, y allí me entrego
á mi placer favorito.
Díle, no sea que vayamos
un trueque á hacer, que mi gusto
es Pedro Jiménez...

PETRA. Justo.
GRACIA. Pedro Jiménez, ¿estamos?
Que no vaya á haber error.
PETRA. ¿Cuándo he caido en alguno?
GRACIA. Que no quiero otro ninguno
aun cuando sea mejor.
(Salen: Petra por el fondo, y Gracia por la primera puerta lateral derecha.)

ESCENA XI

PEDRO solo, saliendo de la despensa.

PEDRO ¡Marecita de mi arma
lo que desde allí escuché!...
¡vamos, que he entrao con buen pié
aquí... mas, tengamos carma!
Enamoróse de mí
la señorita, bien claro
lo dijo, y bien sin reparo...
¡como que se encuentra así,
y yo soy jacarandoso,
y en nada me quedo atrás,
y tengo toas las demás
cosas que acaban en oso..
¿En qué habia é parar? ¡en eso!
¡Y que ella no es salerosa!...
¡Si es natural, si la cosa
se cae por su mesmo peso!
¡Cómo el demonio las fragua!...
¿qué irá á suceder aquí?...
¡Pobre señor!... Pero á mí
la boca se me hace agua
al pensar...

ESCENA XII

PEDRO y PETRA, entrando ésta por el fondo.

PETRA. ¿Dónde has estado?...
PEDRO. ¡Toma, aqui!...
PETRA. Pues voy al punto

á encargarte de un asunto
muy serio, muy reservado.
(Pedro se sonreirá muy significativa y maliciosamente.)
¿Por qué te ríes... camueso?

PEDRO. Por nada... pensaba ahora...

PETRA. Mira, que es de la señora,..

PEDRO. Pues por eso... pues por eso.

PETRA. Hoy ha tenido otro antojo.

PEDRO. Ya lo sé...

PETRA. ¿Cómo? ¿te ha dicho
el a misma su capricho?...

PEDRO. Eso no; mas de reojo
muchas veces me ha mirado...
pero en fin, no se ha atrevido.
¡Pobrecita!

PETRA. Habrá temido
que, si tú eres mal pensado,
acaso le achacarías
un vicio que siempre es feo...

PEDRO. Yo de ese pié no cojeo ..
¿mal pensado?... ¡No en mis días!

PETRA. Pues escucha con fijeza
todo lo que habrás de hacer,
no vayas á cometer
alguna grave torpeza.

PEDRO ¡Ay! ¡que gracia! Me hago un tiesto;
me has tomao por un panoli...
¡á mí, que soy er quitoli
pecata mundi pa esto!
Miste que enseñarme á mí
en lo tocante á estas cosas...!
¡si más fino que las rosas
soy yo der pitiminí!...
Si en fuerza é ser reservao
me llaman á mí «Cautela,»
y llevo en mí más canela
que un sorbete amerengao...

PETRA. Hombre, escúchame...

PEDRO. Dispensa;
to lo que ha pasao aquí
y lo que hablásteis, lo oí

encerrado en la despensa.
Entré allí por afición
ar durce que tú guardaste...

PETRA. ¡Ah, pillo!... ¿Conque escuchaste
toda la conversación?...

PEDRO. Der todo estoy enterao,
hasta de lo del billete;
conque... entrégamelo y vete,
que el asunto está acabao.

PETRA. Tomas tres botellas ..
(Dándole el billete.)

PEDRO. ¿Tres?

PETRA. Y el resto lo guardarás
por si es necesario más...

PEDRO. ¿Y si se me van los piés?...
(¡qué manera de orsequiarme!...
voy á estar medio achispao...)
¿Y... á tí... de esto no te ha dao
envidia?...

PETRA. ¿Por qué ha de darme,
pedazo de atún?...

PEDRO. Pensé...
mas... en fin... así es mejor...
esto pasará... y mi amor
no pasa, á tí vorveré.

PETRA. ¿Pero qué dice este bolo?
tales salidas á veces
tienes, que tonto pareces...

PEDRO. Yo me entiendo y bailo solo.

PETRA. ¿Recuerdas bien el asunto?...

PEDRO. ¿No he de recordar?... ¡Pues hombre!...

PETRA. Pedro Jiménez. .

PEDRO. Sé el nombre.

PETRA. ¿Y la hora?...

PEDRO. Las once en punto.

(Sale Petra por la primera puerta lateral de la derecha, y casi al mismo tiempo entra don Rosendo por el fondo trayendo un libro en la mano. Siéntase á la mesa y lee. Pedro se pone á limpiar algunos objetos del aparador, como vasos, etc.)

ESCENA XIII

PEDRO y DON ROSENDO

PEDRO. (Aquí está ya don Rosendo...
si él pudiese adivinar...
¡qué caprichos de señoras!...
¡casi lástima me da
de él!... y es bien parecido...
pero tiene más edad
que yo... y... pues... la señorita. .)
Ros (Una irritabilidad
constante y tensión nerviosa,
y aun perturbación mental
en algunos intervalos,
son los síntomas que más
caracterizan é informan
de que así se encuentra... Ya
lo he estudiado varias veces.
¡pobre Gracia!... ¡En su genial,
qué transformación más súbita
se ha operado!... Es por demás. .
¡Si casi ya no me quiere!...
¡Oh! .. ¡No!... ¡Eso no!)
PEDRO. (La verdad
es, que según pasa el tiempo
más jindama siento y más...
¡Si él á descubrir llegase!...
¡vamos!... me abría en canal.
A mí que me dió ar principio
una alegría así .. tan...
tan... tan .. tan. . En fin no acierto
á explicar con claridad
lo que sentí; fué así... como
un repique general
en mis niervos, que tocaban
á gloria, y á tempestá,
y á vísperas, y á completas.
y á maitines y á can-can.)
Ros. (La fortuna es, que esos síntomas
pierden en intensidad

conforme se va avanzando.)

PEDRO. ¡Pues señor, ar que le dan
en qué escoger, se devana
los sesos para acertar.
Vamos á cuentas, Perico .
¿quién te conviene á tí más,
la señorita ó el amo?...
Él te puede destinar
en cualquiera Menisterio...
de escribiente ú de oficial,
ú de portero mayor,
ú menor: ello es entrar.
¿Y con ella qué me espera?...
¡Várgame Santo Tomás,
patrón de los confiteros!
Su capricho pasará...
en cuanto le pase er síntoma,
y *per istam* .. ¡Y además,
que ir á hacer un gatuperio
con gente tan prencipal...
¡Nada, que yo me berreo!
¡Pues no me he de berrear!
Se lo digo todo al amo...
al principio bramará...
pero ver le haré en seguida
que mejor lo haría y más,
si mi condurta no fuese
la de un criado leal.
¿Cómo empezaré?... ¡Caramba,
hay tanta dificultad!...
Es necesario decírselo
sin decírselo... Allá va...
Señorito. .

ROS. ¿Cómo? ¿Estabas
ahí?...

PEDRO. Sí señor,.. le iba á hablar ..
y esperaba...

ROS. Pues dí pronto.

PEDRO. Pero no se enfadará... (Pausa.)

ROS. Despacha, que tengo prisa.

PEDRO. Pues no sé cómo explicar
la ocurrencia que ha ocurrío...

aquí mesmo...

Ros. ¿Acabarás?

Pedro. Miste... han querío corromperme.

Ros. ¡Hombre! ¿á tí?... ¡vamos! será
que la nueva ama de llaves
puesto habrá tu honestidad
en riesgo...

Pedro. Rayo más alto...

Ros. ¡Hola! ¡hola'... (Este animal
que habla con tal retintín,
¿qué es lo que decir querrá?)

Pedro. En fin, señor, er demonio
á tos no suele tentar...
y er sino de las criaturas,
y los caprichos de las
señoras que están niervosas...
¿no les suele á algunar dar
por comer tierra?...

(Conforme va esuchando don Rosendo lo que dice Pedro, irá expresando con la mímica, la duda, el asombro, la cólera y la amenaza.)

Ros. ¡Canalla!
creo que vas á ser capáz
de decir...

Pedro. Yo nada he dicho...
y reconozco además
que ella no tiene la culpa;
es er síntoma.

Ros. ¡Que está
pendiente de tus palabras
tu vida!. .

Pedro. Pues á callar
voy mucho más que una estáuta.

Ros. ¡Oh! ¡no!... insinuaste ya
lo bastante, y por completo
lo vas todo á confesar.

Pedro. Yo no he pretendido nada,
ella fué quien...

Ros. ¡Esto más!

(En un acceso de furia se lanza contra él, y Pedro lo sortea al rededor de la mesa del comedor.)

¡Quién es ella! ¡Miserable!

PEDRO. ¡Señor, tenga caridad
de mí, que soy inocente...
hasta la fecha actual!

ROS. ¡Vamos, si yo no sé cómo
no lo he extrangulado ya!

PEDRO. ¿Conque es decir, que porque
soy un perro en lo leal,
eso quiere hacerme usía?
¡Extrianguilarme!

ROS. ¡Es verdad!...

PEDRO. Yo aseguro...

ROS. (Pero ella...
¡Oh, no! ¡Dios mío!) A contar
me vas ahora mismo todo.

PEDRO. (Esto marcha.. me dará
un buen empleo.)

ROS. ¿Has oido?
¡Todo!

PEDRO. Bien.

ROS. La realidad
quiero saber por completo.
¿Cómo llegaste á formar
el juicio de que quería
con tan torpe liviandad
esa señora, los vínculos
más sagrados quebrantar?...

PEDRO. Porque me lo dijo Petra
por encargo suyo...

ROS. ¡Bah!
¡Ya decía yo!... ¿Y no comprendes,
solemnísimo animal,
que habrá querido á tu costa
reirse?...

PEDRO. ¿Reirse?... ¡Quiá! ..

ROS. ¡Márchate! Que va mi furia
su límite á traspasar.
(Sale Pedro por el foro.)

ESCENA XIV

DON ROSENDO, solo.

El oprobio y los sonrojos
todo un abismo de horrores,
despliegan ante mis ojos...
¡Oh!... De esta clase de antojos
no se ocupan los autores.
¡No habrá perdón! ¿Qué ha de haber?
¡Con infernal furia lidio!
Ella viene... Dios va á hacer
que me venza; cometer
puedo un doble parricidio.
(Se sienta á la mesa, coge el libro y se pone á leer.)

ESCENA XV

DON ROSENDO y GRACIA. Ésta entra por la primera puerta lateral de la derecha.

GRACIA. No leas más...
ROS. (Su voz es firme.)
GRACIA. ¡Siempre estudiando!...
ROS. ¿Qué quieres?
GRACIA. Veamos... ¡Qué bueno eres!
(Se ha acercado y ha examinado rápidamente el libro.)
¿Estudias para asistirme
dolencias de las mujeres?...
(Rodea su cuello con un brazo.)
¿Sufres mucho al verme así?...
¡Si ni con mi vida pago
el amor que encuentro en tí!
ROS. (El engaño y el halago
juntos van siempre... ¡Ay de mí!)
GRACIA. Bien sabes que de mi afecto
inextinguible es la llama...
Pero... ¿por qué no hago efecto
ahora en tí?... Tienes aspecto

(Mirándolo con suma atención.)
de traidor de melodrama...

Ros. ¿Con que de traidor?... (Me ahoga
contemplar tal desenfado;
en mi lugar se subroga...)
¡Funesto es nombrar la soga
(Con tono semitrágico.)
en la casa del ahorcado!...

Gracia. ¿Y á qué viene esa simpleza?
¿Es que te se indigestó
el estudio... ó es tibieza...
hacia mí?... Dí con franqueza
que me largue, y... se acabó.

Ros. Todo quizá se andará.

Gracia. Pues nada tu lengua embargue...
soportar no puedo ya
un desvío que así da
margen para que me largue ..
Mas no; dispensa el reproche,
y que haga, permíteme,
de amor contigo un derroche.
¡Ah!... ¿supongo que esta noche
no querrás tomar café?

Ros. ¿Por qué no?

Gracia. Porque te excitas,
y adiós sueño.

Ros. Así no ronco
y esa música te evitas.

Gracia. Es que...

Ros. ¡Vamos!... Necesitas
que yo duerma como un tronco

Gracia. Hombre: como un tronco, no...
como un justo...

Ros. ¡Justamente!...
(Descaro igual no se vió.)

Gracia. Ya que poco duerma yo,
que tú veles no es prudente.

Ros. Pues dices bien, prenda mía,
no tomo café, y descanso...
(Finjamos.) Ya no hay porfía.

Gracia. Así verte yo quería:
amable, dócil y manso

como siempre.

ROS. ¡Lo que has dicho!
¡Desgraciada! Tu descoco
patentiza tu capricho...
¡Hay ya un profundo entredicho
entre ambos!...

GRACIA. ¿Pero estás loco?
(En este momento empiezan á dar las once en un reloj de pared que está fuera de la estancia; pero bien próximo á ella.)

ROS. ¡El reloj con notas graves
de un drama horrible es trasunto!...
¡No acabes, reloj! ¡No acabes!

GRACIA. ¿Qué hora da?...

ROS. ¿Pues no lo sabes?

GRACIA. ¡Claro!... Cuando lo pregunto...
(Remedando las trágicas entonaciones de don Rosend .)

ROS. ¡Las once!. . (¡Y está tranquila!)
¡Son las once!

GRACIA. ¡Bueno! ¿y qué?. .

(¡Y fija en mí su pupila,
y no tiembla ni vacila,
ni entona el ¡Señor, pequé!)

GRACIA. Si me has querido embromar,
ahora me toca á mi el turno,
y te voy á contestar
calzándome para hablar
con tu trágico coturno.
¡Las once acabo de oir!
(Con gravedad cómica.)
¡Las once! la hora es solemne...
¡No te puedo resistir,
y me retiro á dormir,
serena, felíz, indemne!
(Empieza á marcharse hacia la primera puerta lateral derecha y don Rosendo la detiene, cogiéndola violentamente por un brazo.)

ROS. ¿A dónde va usted, señora?...
¡Basta ya de fingimiento!
¡Lo sé todo! Y ya es la hora
de que sufra una traidora

el merecido escarmiento.

GRACIA. ¡Ve que me lastimas, hombre! (Él la suelta.)

ROS. ¡Más lastima usted mi nombre,
porque lo arrastra y lo infama!
¡Ya he descubierto su trama!
¡Y aún querrá que no me asombre!
Pedro Jiménez allí...

GRACIA. ¡Ay!... sí... lo confieso... sí,
es verdad; mas fué un antojo...

ROS. ¡Pues no es nada lo del ojo!

GRACIA. Como que me encuentro así,
nada de particular
tiene, y debes disculpar
un vicio que, será feo
si se quiere...

ROS. ¡Ya lo creo
que se quiere! á no dudar.

GRACIA. Pero es que yo nunca tuve
tal afición: si ahora anduve
encaprichada, es rareza...

ROS. ¡Oh! ¡calla! que á la cabeza
toda mi sangre se sube.
Y hacia el abismo adelanto
del crimen y del espanto
con rauda celeridad...

GRACIA. ¡Hombre... qué barbaridad,
la cosa no es para tanto!

ROS. ¡Ah!... ¿conque no?...

GRACIA. Sé tú juez;
discurre con lucidéz,
y verás como cualquiera
esa falta la tolera
si es solo por una vez.

ROS. ¡Esto raya en lo inaudito!
(¡y él decía que el delito
no se había consumado!
Mataré á los tres .. vengado
después, la vida me quito...)
¡Sal, Pedro Jiménez, sal!...
(Dirigiéndose primero desatentado á la primera puerta lateral izquierda, y luégo á la primera de la derecha y llamando.)

¡Petra! ¡Aquí!... ¡Por desleal,
porque sirvió de tercera,
debe morir; pues que muera!
¡Hoy es el juicio final!...
(Así que entran Pedro y Petra, que es en seguida, don Rosendo cierra con llave la puerta por donde entró Petra, y la del fondo. Entra precipitadamente por la que sale Pedro, que es la primera lateral izquierda, y vuelve á escena trayendo un revólver en la mano.)

ESCENA XVI

GRACIA; después PEDRO, PETRA y DON ROSENDO

PETRA. ¿Qué le pasa al señorito?
GRACIA. ¡Oh! ya sé lo que sucede...
Oye tu, Perico, díme,
¿te llamas Pedro Jiménez?
PEDRO. Desde que fuí concebido
sin mancha, mi nombre es ese.
GRACIA. ¡Qué casualidad tan grande!
PEDRO. No es casualidá...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DON ROSENDO, entrando por la primera puerta lateral izquierda y trayendo en la mano un revólver.

ROS. ¡Encomiéndense
á Dios!
GRACIA. ¡Rosendo!
(Interponiéndose en actitud de impedir la acción de don Rosendo.)
PEDRO. (Retrocediendo.) (¡Demonio!)
PETRA. ¡Ay... señor!... ¡Por Dios! ¡Sosiéguese!
Aquí no hay ningún culpable.
Es que la señora tiene
desde ayer un fuerte antojo
de beber el vino ese

conocido con el nombre
y el apellido de éste. (Señalando á Pedro.)
De ello aquí las dos hablamos,
y éste allí escondido...
(Señalando á la despensa.)

GRACIA. ¡Imbécil!...
mi capricho hacia ese vino
tomaste por...

PEDRO. ¡Voto ar mengue!...
¡Soy un torpe!... ¡Ay, señorita!
yo no tenía presente
el que como yo se nombra
un vino, «Pedro Jiménez.»
Y pues que troqué los frenos,
y confundí los papeles
y moví tal trapatiesta,
merezco que á puntapieses
me despidan, me maltraten,
me confundan, me desprecien,
y hasta que con una jáquima
me conduzcan á un pesebre.

ROS. ¡Bárbaro!... ¡Todo eso es poco!...

PEDRO. Mas también debe atenderse
á que mi intención fué buena,
y... esto un aplauso merece ..
Si no es de los ofendidos,
que á lo menos sea de ustedes. (Al público.)

FIN